

DESDE MELILLA

Declaraciones transcendentales

Ha sido un triunfo para LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA merecer las primicias de las importantes manifestaciones hechas por el alto comisario al compañero Burgos, nuestro diligentísimo corresponsal telegráfico, quien tuvo la oportunidad de ir a entrevistar al Sr. Berenguer momentos antes de embarcar éste con rumbo a Tetuán.

Estas manifestaciones tienen tanta más importancia cuanto que ellas despejan una incógnita y sacan de dudas a todos cuantos creían y aun aseguraban que en breve regresaría a la Península parte de nuestras tropas, reduciéndose así el actual contingente de esta zona oriental.

Es, además, esta la vez primera que el Sr. Berenguer sale de su habitual reserva, y en verdad que no pudo mostrarse más explícito.

Estas manifestaciones vienen a confirmar lo que decíamos en nuestra crónica del viernes de que con la toma de Ras Médou, cuya acción parece que por fin tendrá lugar mañana lunes, habremos llegado sólo al fin del prólogo de esta nueva aventura guerrera.

También las palabras del alto comisario hubieran dado gran valor e importancia proféticas a las opiniones de nuestro extraño amigo el doctor fakirista, expuestas en una de nuestras últimas crónicas que aún no hemos visto publicada y que mucho nos tememos se haya extraviado, ya que transcurrió el tiempo más que suficiente para que pudiera llegar a su destino, y ciertamente sería esta pérdida muy lamentable para nosotros y aún más para el doctor, porque con ella se hubiera acreditado de adivino.

Según el alto comisario, debemos no sólo pasar el Kert, sino ir más allá de Annual para poder dar la verdadera sensación de soberanía en este territorio, que no puede ser desalojado de las tropas mientras el protectorado no quede garantizado y pueda entrar la acción civil a ejercer sus augustas funciones colonizadoras.

Nos figuramos el gesto de asombro del Sr. Maera ante un propósito tan desconforme con el suyo, y nos preguntamos: ¿Qué criterio prevalecerá? ¿Propondrá y

dispondrá, a la vez, en esta ocasión el alto comisario? Y de no poder disponer según sus planes, ¿se someterá a la voluntad del Gobierno, en el caso de que esta voluntad sea opuesta o difiera bastante de la suya? Después de sus manifestaciones hay que pensar, y aun creer, que no, pues su declaración es bien terminante. Tal vez haya quien después de esto, al ver la actitud franca en que se ha colocado el Sr. Berenguer, se pregunte, no sin cierta malicia, ¿Será éste un medio hábil de curarse en salud?

Es natural que la opinión sentada y desapasionada, que, conociendo el problema de Marruecos, se dé cuenta exacta de la situación, ha de aprobar sin vacilación estos planes de completa reconquista, porque es absolutamente necesario no sólo que volvamos a ser dueños de la zona hasta Annual, sino que conquistemos algo más, aunque sólo sea un palmo de terreno. Y antes de pensar en la acción civil (¿qué entenderán por acción civil los que han descubierto esa palabra tan vaga?) hay que dejar bien cumplida la acción militar, que no excluirá absolutamente la acción política, sino, por el contrario, habrá de utilizarla como arma eficazísima.

Conformándonos ahora con la sola reconquista de nuestras posesiones hasta el Kert, no habríamos hecho nada sólido para afianzar nuestros futuros prestigios y, lejos de haber hecho una demostración de poderío y de sujeción gubernativa, daríamos lugar a creer en nuestra impotencia, nuestro temor y nuestra incapacidad. ¿Cómo iban a figurarse no sólo los harqueños rebeldes, sino todos los pueblos del Mundo que se han esomado a todos los horizontes para seguir con interés nuestra aventura, que nuestra detención y nuestra retirada obedecida sólo al deseo de comer el turrón de Pascoas a la gratísima luz de la lámpara familiar?

Hagamos aquí un alto, siquiera sea para tomar un poco de aliento, pues aún nos queda mucho que decir sobre este tema, digno de toda atención y que en verdad se presta a largas consideraciones.

GOY DE SILVA

Melilla, 20-XI-1921.

DIAS QUE FUERON

Los horrores de Monte Arruit

Reconstitución de las escenas del asedio, según el interesantísimo y dramático relato de un superviviente

(POR NUESTRO REDACTOR SR. MATA)

IV

Son tantos los episodios que nos proponemos relatar, después de los tres artículos anteriores, en que intentamos reflejar la situación general de Monte Arruit, que seguramente nuestra labor alcanzará un espacio mayor del que suponíamos al iniciarla. Pero no nos arrepentimos de ello ni nos abruma el amplio propósito, porque fueron tales las cosas que ocurrieron en Monte Arruit, que cuando España las conozca se conmoverá hasta lo más profundo de la conciencia nacional. Monte Arruit es una epopeya. Repetimos que nos proponemos relatar multitud de episodios. Hubiéramos querido conservar en la narración algún orden cronológico; pero téngase en cuenta que escribimos con la pauta de datos adquiridos por referencias que, aunque directas, no nos permiten llevar la acción absolutamente paralela a como los hechos se desarrollaron. Además, algunos de ellos fueron simultáneos. Lemos eligiendo de nuestro enorme montón de detalles aquellos más directamente ligados con el relato que cada día iniciemos.

El tren de socorro

Era una de las primeras noches del asedio, de aquellas en que los ojos de todos se fijaban con frecuencia en dirección de Melilla, de donde habría de llegar la ayuda. Se esperaba un heliógrafo, una señal luminosa, algo que desde Zeluán o desde la Restinga anunciara el inmediato socorro.

Aquella noche era oscura, densa y silenciosa. Los soldados dormían o se arrebujaban calladamente los vendajes de sus heridas en los parapetos, o miraban la luz de las estrellas, procurando acallar sus sufrimientos.

Los heridos permanecían en las trincheras. No podía señalarse distinción alguna en Melilla durante estas horas.

los sanos. Todos hacían servicio, todos, hasta los más graves. Sólo los moribundos eran conducidos a la enfermería... Así se vivía en Monte Arruit.

Los asaltos y las sorpresas de los moros se sucedían. Todos los días, todas las noches, había nuevos heridos tras los parapetos. La posición estaba batida por todas partes y no había refugio seguro posible.

Aquella noche, sin embargo, se deslizaba en calma. Reinaba el silencio, porque la vida en Monte Arruit se manifestaba por aquella negra inmovilidad de la masa, que sufría resignada...

De pronto, lejano, sorprendente, anunciador de no se sabe qué enorme acontecimiento, el silbido lejano del tren dejóse oír. Los que le percibieron argüyeronse sobre tierra y quedaron demudados, inmóviles.

—¡El tren! ¡Ha sido el tren! ¿Habéis oído?

—No; no es posible.

—Sí; ha sido el tren.

¿Qué podía ser? ¿Cómo estaba el tren en camino? ¿De dónde venía? ¿Iban a socorrerles? Sin duda Berenguer había organizado un tren blindado que avanzaba audaz y temerario, repleto de fusiles y ametralladoras amenazantes, hacia Monte Arruit.

Pero no. Imposible. Antes tenía que ser socorrido de la misma forma Zeluán. Y Zeluán nada había anunciado, pues el heliógrafo se podía divisar muy bien desde la posición. No había sido el tren, sin duda. No habíase oído el silbido. Todo era hijo de una ilusión.

Sin embargo, soldados que llegaban de diversos parapetos y que se reunían en grupos juraban haber oído el silbido del tren. ¿Por qué no volvía a sonar? ¿Por qué le habían hecho sonar la primera vez?

De repente, de nuevo, prolongado, más cercano ya, accidentado casi, un silbido.

Fué tan largo, tan continuado, que el júbilo rebasó los corazones e hizo brotar en toda la posición un clamor: ¡Se acerca el tren, se acerca el tren! ¡Vienen a salvarnos!

Pero el hecho era tan sorprendente, que nadie daba crédito a sus oídos. ¡No puede ser! ¡No puede ser! Vendrían tropas, se oírían ya disparos, se advertiría agitación en el campo enemigo. Y el campo enemigo hallábase tranquilo, misterioso, extinguido todo rumor de vida bajo la luz de las estrellas.

Un momento más y se oyó el resoplar jadeante de la máquina. Pero, ¿es posible, Dios mío? ¿Pero vienen a salvarnos? El parapeto se cubrió de negras figuras. Las más fuertes, las más erguidas; los heridos doblados sobre los pedruscos, terrosa la faz, toda el alma en los ojos...

Alguien exclamó de pronto: —¡Son los moros! ¡Son ellos! ¡Imítan el tren...

—¡Imposible!... —¡Son ellos... son ellos! ¡No oís? Ahora se advierte bien la chanza. Imítan la máquina con latas llenas de arena... Pero, ¿y el silbato?... ¡Pobé! ¡Qué sabemos! ¡Son ellos... son ellos!... ¡Canallas!...

Y a poco volvieron las negras figuras a hundirse en el agujero inmenso de la noche, y la tierra absorbió las siluetas que la esperanza llevó a los parapetos, llenando los campos, inundados de la luz de los astros, de otra luz que lanzaron miles de otras fulgentes estrellas, aquellas que la fe hizo brillar un momento en las pupilas de los sitiados de Monte Arruit.

Las banderas blancas

Hubo en Monte Arruit burdas estúpidas, burdas miserables, burdas sangrientas. La traición es flor que se da con frecuencia y con júbilo en el alma del rifleño. No se ponía el Sol ningún día sin que hubiera dejado de adumbrar un intento de traición.

Quisieron amargar la esperanza de los mártires con el engaño del tren y quisieron poner sobre sus frentes las espinas de todas las burdas y en sus manos el cetro de caña de todos los desprecios de sus instintos inferiores. Hubo promesas de armisticio, cien veces incumplidas; docenas de emboscadas tras el comienzo de negociaciones, viles asesinatos tras la bandera blanca...

Un día el teniente Suárez, de la Policía indígena, requerido por una oficiosidad de los enemigos, salió con bandera blanca a parlamentar. ¡La hidalguía árabe! Salió del parapeto solo, sin armas, escudado en la propia inmensidad de su alma, enhiesto en la mano derecha el blanco lienzo, sujeto a un hundo mástil. Le dejaron llegar. Cuando estuvo cerca, a tiro seguro, sin posible salvación, le dispararon. Sin mediar palabra cayó con un tiro en la frente, en la noble frente, en el blanco escudo de sus pensamientos, mártir por sus hermanos, por la civilización, por la piedad...

Otro día entró en la posición el caid Abd-el-Selam-el-Ayib de Midjar. (Reproducimos la pronunciación.) Habló con Navarro, prometió tratar del rescate, afirmó que cesarían en el acto las hostilidades y que el cañón no volvería a disparar.

Corrió la noticia por la posición. Tres ocurría el día 5 o el 6 de agosto, tres antes de la trágica evacuación. Los soldados, heridos ya casi todos, pusieron en el moro sus últimas esperanzas. Atravesó el caid Abd-el-Selam la posición por entre dos filas de desgraciados, más cercanos la mayoría de la muerte que de la vida. Iba serio, grave, hondamente conmovido... Era un hombre elevado, dentro de la baja y degradada sociedad rifeña. Era un caid. Conservaba Abd-el-Selam alguna nobleza, algún instinto humanitario heredado de los moros de Granada, de los que construyeron las bellas ojivas de la Alhambra y encauzaron, entre mármoles y jaspes, la música de sus arroyos. Salió el moro, fué al campo enemigo, trató con la canalla rifeña. Nada encontró de humano, por más que lo buscó con ahínco su nobleza, en aquellos negros corazones. Insultado, vejado, amenazado, hubo de ceder, y para salvar la vida tuvo que disparar por su mano misma las piezas de artillería que apuntaban al montón febril de los heridos agonizantes, que esperaban.

Pero a la traición forzada precedió la traición voluntaria. Más de mil moros, precedidos de banderas blancas, subieron en dirección de los parapetos. Los soldados confiaban en la gestión de Abd-el-Selam y aguardaban. Pero el mismo inerte bestial de los asaltantes les delató. Apenas tuvieron un tiro a nuestros soldados comenzaron a disparar. Respondieron con presteza nuestros fusiles. La caída de unos cuantos determinó la fuga cobarde de todos los restantes. La ladera quedó regada de muertos...

Ya no volvió, desde aquel día, a ondear frente a la posición de Monte Arruit la bandera blanca.

JUAN M. MATA

NUEVOS DATOS

¿Vive el general Silvestre?

Fué LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA el primer diario que vislumbró la posibilidad de que el general Silvestre, arrastrado por la fatalidad, recogido moribundo o hecho prisionero, pasase por el trance verosímil de verse conducido al interior, donde, mejorado de las heridas que recibiera, pasase larguísimas horas de inquietud y de amargura indecibles.

Eran de tal índole, entrañaban tal veracidad para nosotros las referencias que nos hacían ver esa posibilidad de existencia viva y carnal del general Silvestre, que no dudamos un momento en comunicar a nuestros lectores la creencia de que el general Silvestre vivía.

Ninguno nos precedió en estas afirmaciones. Y aunque muchos concedieron absoluta veracidad a las noticias que publicábamos, no se hizo alrededor de esta versión ese ambiente que necesitan todas las noticias, por importantes que sean, para ser aceptadas sin reservas.

Posteriormente hemos hablado con íntimos amigos del infortunado general, y en cada una de estas entrevistas vimos robustecida, con datos precisos, nuestra creencia. Si no damos a la publicidad todos estos datos minuciosos que se nos facilitaron, no lo hicimos por servir escrúpulos de duda, sino sencillamente por respetar el pesar ajeno y no avivar dolores, para nosotros dignos de profundo respeto.

Ninguna de nuestras informaciones ha sido desmentida por nadie. En nuestro deseo de descajar este inquietante enigma hemos hecho sacrificios de todo género para adquirir noticias que nos diesen la plenitud de la certidumbre sobre este sensacional tema o la absoluta seguridad de que nuestra creencia no tenía, desgraciadamente, ningún punto de apoyo serio; pero siempre nos hallamos en la misma situación de creencia firme, más sin las pruebas materiales; esas pruebas que entran por los ojos y que sirven de confirmación plenísima a cuanto nosotros sabemos.

Las mejores fuentes de información, las más veraces y seguras han sido consultadas por nosotros, sin que una negación rotunda se haya opuesto a nuestras manifestaciones. Cuando más se ha dejado entrever cierta posibilidad de que se tarde algún tiempo en conocer la solución de esta incógnita.

Ayer, un telegrama de la Agencia Fabra nos habla de la existencia del general Silvestre y de otros datos relacionados con ella. Todas las informaciones, desde el primer

día en que LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA habló de este asunto, coinciden en asegurarnos en que pensamos cuerdamente y expusimos nuestro pensamiento con sinceridad.

Nos afirman aún más y más en nuestra creencia los siguientes párrafos que reproducimos de un artículo que a un periódico de la mañana envía su redactor en Melilla:

«Se afirma, con referencia a una carta de un jefe del Ejército que fué ayudante del general Navarro, que un día en que este jefe, por estar al mando de la guardia exterior de Palacio, almorzaba con el Rey, habló el Monarca de los acontecimientos de Marruecos, y acabó una parte de su conversación diciendo: «¿Quién sabe si muy pronto veremos otra vez al pobre Silvestre?»

Esta frase real, que muy pronto se conoció en Melilla, dió mayor impulso a los rumores, y ahora se habla en todas partes de que el general Silvestre vive, y de que su entrega es la sorpresa que Kaddur Hamar, el jefe de Beni Said, tiene reservada a España.

Acaso no tenga ninguna realidad el rumor, y el cadáver del general Silvestre haya sido uno de los que quemaron los kabileños enfurecidos a su entrada en Annual; pero el culto a la actualidad obliga a recoger lo que sobre este asunto piensan cuantos en Melilla residen.

Kaddur Hamar, el jefe de la kabila de Beni Said, la más fuerte de esta zona del Rif, y la única capaz de ponerse frente a los temidos beniurriagueles, era amigo de España y amigo del general Silvestre. Kaddur Hamar fué quien devolvió a España los cañones del Concha que cayeron en poder de los rifeños; el que abrió su kabila a las tropas españolas e hizo posible que se ocupara sin disparar un tiro el temible monte Mauro, más arriscado y salvaje que el Gurugú; el que facilitó al general Silvestre el avance por todo su territorio, y luego le ayudó con sus armas en la aventura de Alhucemas.

...Cuando cayeron muertos los coroneles Manera, Manella y Morales, que rodeaban a Silvestre, y éste, desde el parapeto, por la parte de fuera, contemplaba el regreso de aquellas tropas que habían de dar ocasión al sacrificio de Monte Arruit, sólo le acompañaban dos hombres: el comandante de Intendencia D. Juan Pedro Hernández y el jefe de Beni Said, que bajo el fuego del enemigo hablaba al general, que con la guerrera desabrochada y con ademanes descompuestos dirigía frases, no se sabe cuáles, a las tropas en retirada.

Esta escena la han relatado los últimos

RAZÓN QUE CONVENCE...



—Pero, es lo que yo digo: ¿Por qué se les ocurría ir a darse un baquete en Monte Arruit? —Porque los duelos con pan son menos...